

añadió Cuervo, y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Y también el 15 de Enero de 1825 cuando lo vimos en el Cuzco soltarse á llorar como una mujer, escuchando la patética retreta con que nuestras bandas nos despidieron de esa generosa población para seguir á La Paz el siguiente día."

Don José María Quijano Otero llama á Cuervo "figura que deslumbra, que enamora; tipo del caballero y del tronera; escándalo del heroísmo."

LUIS AUGUSTO CUERVO

Miembro correspondiente  
de la Academia Nacional de Historia

## LA IMAGEN ANONIMA

El padre Rodríguez era para todo; lo mismo predicaba un buen sermón en la villa que derribaba á hachazo limpio un trozo de montaña; tan bien pasaba horas y horas en el confesonario, como recorría á pie, con los talares soldados, las seis ú ocho leguas de rastrojos, selvas y precipicios que lo separaban de la choza del moribundo. Era buen teólogo y no mal carpintero; sabía herrar una mula y pintar un imagen pasable de la Virgen; nadaba como una sardina, comía de buena gana lo poco y ordinario que había en aquellos riscos y hondonadas. Ni podía ser de otra manera. Sepultado en aquella región inmensa, despoblada y bravía, tenía por fuerza que bastarse á sí propio, desprovisto como se hallaba de todo-auxilio ajeno.

Cinco caseríos minúsculos, separados entre sí por distancias enormes, encerraba aquella parroquia, llamada antes *La Chusquera*, y bautizada por el padre Rodríguez, con anuencia de los dos poderes, eclesiástico y civil, con el bíblico nombre de *Bethfagé*. Todos los sábados, el buen cura, que madrugaba más que el sol, emprendía camino entre dos luces, caballero en su machito bayo, acompañado

de José, muchacho moreno, huesudo, silencioso como un pez y fiel como un perro, el cual mozo iba arreando una mula rucia, con una oreja de menos y cien diviesos y peladuras de más, en cuyos lomos se veía una carga de petacas, con algo de ropa blanca, dos ó tres libros, los ornamentos y demás enseres de la misa, y el *avío* para que cura y espolique no pereciesen de hambre en el camino.

A puestas del sol se apeaba el padre en el caserío de turno en aquella semana, y anunciaba su llegada, á falta de campanas, quemando una docena de cohetes, que hablan viajado como sobornal de la carga. Armaba el altarejo en la salita de la choza menos ruin, y colgaba la hama-ca de dos pilares del corredor, si le había, ó de dos árboles de la proyectada plaza; porque ninguna de las aldeas aquellas tenía iglesia, ni capilla, cuánto menos casa cural.

El domingo decía la misa parroquial y reservaba el Santísimo Sacramento en un sagrario que había llevado, no mayor que una hombonera. Y Jesús, que nació en el pesebre de Belén, estaba allí más satisfecho, recibiendo las adoraciones de almas sencillas, que en algunas suntuosas basílicas, teatros muchas veces de mundanidades y desacatos. Durante la semana, evangelizaba el padre á sus ovejas, y al sábado siguiente volvía á comenzar en otra parte.

De aquellos caseríos el menos desmedrado y primitivo era *Guacamayas* (nombre que se mudó por el de *Cariatharim*), porque era el más cercano á la villa y tenía en su vecindario dos ó tres cafetales de importancia. Allí acometió el padre Rodríguez la construcción de una iglesia. Fuese él mismo al monte acompañado de José y de tres ó cuatro vecinos de buena voluntad, cortaron dos docenas de palos recios, altos y derechos, y los hincaron hondo en el suelo, á distancias, formando un cuadrilátero de veinticinco varas de largo por diez de ancho; los unieron con fuertes listones por la parte de arriba, y sobre ellos y las vigas pusieron varas oblicuas que terminaban en un grueso madero á lo largo del edificio, para servir de caballete. Con

hojas secas de palmera se cubrió el techo; llenáronse con latas de guadua los espacios de poste á poste; las uniones se colmaron con greda, se enlucieron con yeso las frágiles paredes; apisonaron los trabajadores el suelo, acomodaron á la entrada la puerta de una casa recién caída á impulso de un violento huracán; los huecos de las ventanas tuvieron rejillas de cañas trabadas, y héteme *el templo*, como decían los atónitos vecinos.

Faltábanle imágenes, y el cura rogó á las familias que cada una le cediese alguna estampa piadosa de las que cubrían por dentro las paredes de la respectiva casita, alternadas con retratos de cajetillas y avisos pintorescos de los almanaques de Bristol y de Reuter.

Aquel día la que andaba en un pie y no cabía en sí de gusto era Josefita. Porque ella era dueña de un verdadero santo, no dibujado en papel, sino de bulto. Ni de cuerpo entero, sino de hombros arriba y de una cuarta de alto; un busto de yeso sin pintar, pero hecho en Europa y muy bien trabajado. Ella lo iba á regalar á la iglesia. ¡Cuál sería la admiración y el contento del padre Rodríguez! De fijo lo pondría en el centro mismo del altar, sobre el sagrario. Ya el discreto lector ha adivinado que Josefita era la persona principal entre los guacamayeros, como decían antes, ó entre los cariatarimeases, como se dice ahora. Si se la quiere figurar fresca y graciosa como rosita de mayo, no se apartará un punto de la verdad; si la imagina discreta y despejada, tampoco. Pero errará gravemente si la finge ilustrada en algo que no sea leer á tropezones, escribir sin ortografía y cumplir con primor los oficios y menesteres de la casa, la más civilizada en aspecto y mobiliario de todas las del pueblo.

A eso de las cinco de la tarde, vestida de limpio, bien calzada, con el pañolón encarnado sobre los hombros, se encaminó á la iglesia, llevando el santo envuelto en un pañizuelo de seda azul. Llegó á presencia del cura, lo saludó con respeto, y desenvolvió la imagen. Púsole la mano

izquierda debajo, sostúvola por detrás con la derecha, alzó el santo hasta la altura de la cabeza y clavó los ojos en los del padre para advertir la impresión que él recibiera.

El busto aquel representaba á un viejo septuagenario, con peluca á la moda de Luis XV, ancha frente, arada por hondas arrugas, ojos pequeños y maliciosos, nariz recta, fina en la parte superior, gruesa y de abiertas ventanillas abajo; boca hundida, anchísima, con expresión de sarcástica burla en los delgados labios, barbilla saliente, afeitada como el resto de la cara y con una hendidura característica. El padre Rodríguez reconoció á Voltaire y tuvo que hacer heroico esfuerzo para no prorrumper en una ruidosa carcajada. Se mordió los labios, juntó las cejas para semejar seriedad y preguntó á la muchacha:

—¿Ese es un santo?

—¿No lo está viendo, pues?

—¿Y qué santo será?

—Eso es lo que yo no sé.

—¿Y tú le rezas?

—¡Cómo no!

—¿Pero cómo lo invocas sin saber quién es?

—Porque todos los santos son muy buenos, y le piden á Nuestro Señor por nosotros.

—¿Y si éste no fuera un santo, sino el retrato de un hombre cualquiera?

La muchacha bajó los ojos, se mordió la yema del dedo y repuso unos momentos después:

—Vea, padre. Uno no sabe cómo serán los santos del cielo. Yo creo que todas las imágenes se harán por las caras de los sacerdotes ó de las señoras. Después les ponen el vestido, les echan la bendición, las suben al altar y ya son santos de rezarles.

El cura sonrió afablemente, admiró la hechura del busto, se lo recibió á la muchacha con calurosas frases de gratitud y le prometió colocarlo en la capilla, “después de vestirlo y de echarle la bendición.”

Al siguiente día, en el cuartita donde se alojaba, abrió dos estuches, uno con varios finos instrumentos de acero, otro con pinceles y colores. Rebajó en la parte superior el pelucón hasta que semejó cabellos naturales; con pocas discretas pinceladas le dio el aspecto de una cabeza casi completamente cana; encarnó el rostro, dejándole, sin merma de arrugas, el color sonrosado de un niño; púsole grandes y melancólicos ojos azules, y, con dos delicados toques en las comisuras de los labios, suprimió el diabólico *riktus* de la boca. Pintó de negro el arranque del vestido y se dispuso á colocar el busto en sitio preeminente. Pero se acordó de que á los beatos, no canonizados aún, no es lícito darles puesto en los altares. Construyó una fina repisa de madera, y sobre ella quedó la imagen, cerca de la puerta de la iglesia.

El día que Josefita lo vio, quedó hechizada.

—¿Cómo no se llama? le preguntó al cura.

—El beato Juan Bautista Vianney (1).

—¿Juan Bautista qué?

—Vi-an-ne-y.

—Pero éste no es San Juan... pues. .... el de bañarse y correr gallos.

—No, hija. Ese es el Precursor de Nuestro Señor Jesucristo; éste fue un santo cura, que murió en el siglo pasado.

—¿Y es milagroso?

—Hizo grandes milagros en vida, y los ha cumplido mayores después de su muerte.

Josefita cayó de rodillas, y juntando las manos, dijo con toda el alma:

—¡San Juan Bautista, ruéga por nosotros!

El padre Rodríguez soñó aquella noche que el cura de Ars estaba mirando su imagen, y que decía con blandísima sonrisa:

“Sin pretenderlo, le he jugado á mi compatriota una burla digna de Voltaire.”

(1) El biógrafo de Juan Bautista Vianney advierte la semejanza de facciones entre el santo cura y Voltaire.